

APERTURA DEL HOMBRE ACTUAL A LA REVELACION

Eduardo MALVIDO

Aquí y allá oímos voces lastimeras —quizá la nuestra propia— que se lamentan del mal momento por el que está pasando la fe cristiana en la actualidad.

Se afirma que el número de cristianos va disminuyendo considerablemente con relación al censo pujantemente ascendente de la humanidad. Incluso entre los que figuran en la nómina cristiana, la fe no alumbrá victoriosamente en medio de las tinieblas, sino que parpadea agónicamente y en muchos ni parpadea ya.

Junto a este proceso de descristianización, tenemos el caso de mucha gente que no parece preocupada en absoluto por la religión. Esto sí, viven su vida humana: el punto de partida es el hombre; su campo de preocupaciones, las humanas; su meta, el hombre; lo humano constituye el horizonte en que se desenvuelven; humanos son los medios que manejan... Se trata, en resumen, de un humanismo antropológico.

Muchos reaccionan con pleno optimismo ante las condiciones que el momento actual brinda al hombre. Imaginan llegado ya el tiempo fuerte de la humanidad. Lo que hay que hacer es fiarse de nuestra civilización, subirse al espléndido carro del progreso y esperar que algún día, llevados por su inercia victoriosa, nos sitúe en un futuro feliz, en el cual el hombre sea realizado totalmente en cuanto hombre.

No pocos cristianos comulgan con esta opinión.

Otros, por el contrario, adoptan una actitud opuesta. En el contexto histórico presente, la revelación de Dios parece batirse en retirada. Estos cristianos temen que sea ya una causa perdida la evangelización de los hombres del siglo xx. Bastante tienen ellos, así piensan, con mantener en sí mismos la palabra reveladora de Dios.

En lo dicho hasta ahora se hallan enredadas serias preguntas que será preciso responder: ¿Es acertado proclamar la descristianización de las masas populares a partir de los abandonos que se observan en la práctica religiosa? Ante el cambio de situación cultural, de civilización, ¿el hombre de nuestros días ha dejado de ser evangelizable? ¿Pero vale la pena intentar que le alcance la revelación histórica de Dios? ¿Es posible actualizar hoy día para todo hombre la revelación histórica de Dios?

A éstas, y otras preguntas que se podrían formular, iremos respondiendo en las páginas siguientes. Lo haremos desde nuestro punto de vista: el de la teología de la revelación.

I.—APERTURA DEL HOMBRE A LA REVELACION HISTORICA

- *El hombre Jesús dentro de la vida propia de Dios.*

La historia humana es una historia a la que Dios ha abierto graciosamente paso hacia las moradas íntimas de su pertenencia exclusiva. La historia humana no es puramente humana, tierra extraña a la vida íntima de Dios. Dios, con su donación tripersonal, se ha puesto en la dirección en la que mira el hombre, no porque el Dios de la revelación estuviera previamente presente en las pupilas del hombre o en las ansias del corazón humano, sino por decisión libre y soberana suya. Porque así lo ha querido El. Es su designio infinitamente generoso.

Para conocer con claridad el destino del hombre tenemos que fijarnos en Cristo, Dios y hombre. Lo humano de Cristo no ha sido destruido ni alienado, sino que ha sido llamado a convivir con lo divino en la unidad de la Segunda Persona de la Trinidad. Lo humano ha sido asumido y se realiza, sin dejar de ser lo humano, en el orden superior de la unión hipostática. Cristo

hombre no es pura presencia humana del Dios invisible. Esto es lo que sostiene el docetismo, herejía rechazada por el cristianismo.

La humanidad de Cristo se encuentra unida a la divinidad por decisión libérrima de Dios. Unión original, unión peculiar de Cristo. Pero sin que para ello se haya suprimido ni recordado la humanidad de Cristo.

- *También nosotros.*

Nosotros los hombres hemos sido llamados como Cristo, por Cristo y en Cristo a participar, si bien de otro modo, de la vida particular de Dios (cf. 1 Pedro 1, 3-5; 2 Pedro 1, 3-4; Jn 1, 12-13; 3, 15-16; 1 Jn 1, 2-3; 5, 11; 3, 1-2; Rom 8, 14-17; 8, 28-29; Gál 3, 26; Ef 1, 4-6; Col. 1, 27; ...).

Hemos sido constituidos en Cristo herederos de una herencia que sólo pueden recibir quienes antes graciosamente han sido deificados, sin que esta deificación signifique la supresión de lo humano, sino su capacitación real para la oferta divina, su apertura receptiva del don de Dios.

Así el hombre, cualquier hombre, está abierto a la autocomunicación de Dios en sentido estricto, abierto a la oferta que Dios realiza de Su vida, y que la revelación histórica nos ha hecho conocer.

- *La revelación histórica dice quiénes somos en realidad.*

Advirtamos la diferencia entre la revelación propia, o revelación histórica, y la revelación impropia o revelación no histórica en sentido estricto.

En la primera, Dios, en su iniciativa amorosa y en su ofrecimiento insospechable de salvación, es captado por el hombre, es percibido en su voluntad de relacionarse con el hombre de modo peculiar. Este encuentro de Dios con el hombre se da en la historia y de modo rigurosamente histórico, es decir, es un encuentro detectado por el hombre en su intención singular dentro de la historia profana.

Recordemos acontecimientos de la historia de Israel: éxodo, alianza del Sinaí, cautividad... Dichos acontecimientos desvelaban su significación salvífica cuando Dios hablaba por algún profeta. Es la diferencia entre la historia de Israel y la historia de

los otros pueblos: en Israel la historia profana quedaba descubierta en su alcance salvador al ser interpretada por la palabra de Dios. De otro modo cualquier acontecimiento quedaría reducido a un acontecimiento teológicamente opaco. Como dice Latourelle, por ejemplo: «La salida de Egipto no sería sino una de tantas emigraciones; no sería un hecho tan fundamental sin la interpretación de Moisés (Ex 14, 31)».

Por lo que respecta a la historia extrabíblica, la búsqueda solicitada por parte del único y universal Dios salvador queda encubierta bajo lo profano.

No vayamos a creer, sin embargo, que en el Antiguo Testamento la Palabra de Dios está asegurada contra todo riesgo de equivocación. Las discrepancias entre los verdaderos y falsos profetas nos descubren la situación de constante peligro que corría la interpretación sagrada de los acontecimientos.

La presencia del Dios que llama al hombre como compañero de vida se hace más patente y con más garantías en el Verbo hecho hombre. Aquí la existencia humana se puebla de intimidad personal con el Dios soberano. El designio de Dios para con el hombre se encarna de manera insuperable, singular.

Pero también aquí fue precisa la palabra reveladora, el testimonio de Cristo para que en Él vinieran los discípulos al hombre Hijo de Dios Padre. Los discípulos tomaron conciencia de la personalidad de Cristo y del alcance de sus obras por medio de su palabra y la iluminación del Espíritu Santo. Sin esta palabra interpretativa no hubiera habido revelación propia ni siquiera tratándose del mayor acontecimiento de la historia, como ha sido la encarnación del Verbo.

Junto a esta revelación propia en su manifestación histórica, «propia» pues Dios es percibido por el hombre en su comunicación personal, en su donación gratuita como fin de la felicidad humana, junto a esta revelación propia tenemos esa otra revelación impropia en la que Dios no es descubierto ni reconocido cuando interpela salvadoramente al hombre. La historia profana, si no es interpretada por la palabra de Dios, es una realidad ambigua, cruzada por cien sentidos e incapaz por sí misma de poner delante de los ojos humanos la historia sagrada que lleva dentro, la economía salvadora, el designio sobrenatural.

• *La revelación histórica de hoy es eclesial.*

Sin embargo, el hombre tiene percepción histórica de la manera de ser de los demás hombres. En ellos puede encontrar realizaciones de las diversas posibilidades de ser hombre, distintas versiones humanistas. Estos humanismos diferenciados pueden influir a la hora de optar por la realización personal.

Y aquí es donde la presencia y actuación de la Iglesia resultan necesarias para que llegue a todos los hombres la oportunidad de conocer al hombre diseñado por Dios en su revelación histórica y la posibilidad de realizarse conforme a ese diseño colosal. Después de Cristo, el medio de encarnación del Dios que se revela es la Iglesia. No hay otro medio. Esta es una verdad válida para la cristiandad de la edad media y para el hombre actual y para el hombre del futuro histórico.

En efecto, Cristo —la suprema y definitiva revelación histórica de Dios— continúa presente en la historia gracias a la Iglesia. Cristo proclamó que la misión de sus discípulos era perpetuar en el tiempo su obra evangelizadora (Mt 28, 18-20). La Iglesia es el Cuerpo de Cristo (Ef 1, 22-23; 5, 23; Col 1, 18; *passim*); recordemos que «cuerpo» en expresión bíblica significa «todo el hombre... en su forma sensible, empírica y manifestada».

Esta realidad de la Iglesia como Cristo que continúa presente en la tierra es una de las verdades más proclamadas por la patrística, por el magisterio jerárquico y por los teólogos.

De haber un medio para que todo hombre llegue a conocer el designio divino —y tiene que haberlo si se da la universal voluntad salvadora de Dios (1 Tim 2, 4)— ese medio es la Iglesia.

Por otro lado vemos que la encarnación de Cristo revelador en la Iglesia es una encarnación muy arriesgada, pero, precisamente por lo que ese riesgo supone de confianza en el hombre, vemos en ello el modo generoso de actuar propio de Dios.

Con lo que llevamos dicho, creemos que podemos resumir así los resultados obtenidos:

1. El hombre está abierto a la autocomunicación gratuita de Dios. El destino del hombre es, sin dejar de ser hombre, integrarse en la vida divina, o, más exactamente, realizarse como hombre en la comunión de vida con el Dios trino y uno.

2. La donación graciosa de Dios al hombre es percibida sólo en la revelación histórica. La revelación suprema y totalmente garantizada es la que tuvo lugar en Cristo.
3. Aun cuando el hombre actual no es en su mayoría sujeto receptor de la revelación explícita, de la revelación histórica del Dios de Jesucristo, se encuentra abocado al horizonte sobrenatural de Dios, se halla dentro del dinamismo de una historia profana que es al mismo tiempo una historia sagrada, aunque él lo ignore.
4. Al hombre actual le cabe la posibilidad de entrar en contacto con el Dios de la revelación propia únicamente por su designio y su economía de salvación. De acuerdo con la misión delegada por Cristo a su Iglesia, sobre los cristianos recae de este modo una tarea de consecuencias incalculables.

II.—CONDICIONES FAVORABLES A LA REVELACION EN EL HOMBRE ACTUAL

Con lo que vamos a decir ahora no pretendemos establecer como principio válido el que a una situación determinada de civilización corresponde sin más una actualización predecible de la revelación histórica. La civilización, por muy desarrollada que sea, no puede producir la revelación del Dios sobrenaturalmente salvador.

Sin embargo, parece válido afirmar que la civilización puede presentar, sin despojarlas de su ambigüedad, condiciones más o menos favorables a la revelación de Dios, un clima, sólo perceptible a la luz de la Palabra revelada, más o menos sugeridor del Dios que se revela.

Asimismo creemos que se puede afirmar con validez que nos encontramos en la actualidad en una fase cultural propicia para ver en la civilización presente interesantes aspectos implicados en la revelación de Dios. Pero repitámoslo: esas condiciones no engendran la revelación propia de Dios. Para ello se necesita la mediación de la Iglesia.

1. *Aproximación a la gratuidad de la revelación de Dios.*

La naturaleza indominada, incontrolada... era una confesión de la pequeñez del hombre y una proclamación de la grandeza del Creador. En multitud de ocasiones el hombre recurría a Dios como ser ignorante e impotente que se acoge al amparo del Dios omnisciente y todopoderoso. Dios hacía acto de presencia como un *Ños* tapagujeros, como un Dios cubrevacíos.

En este modo de relacionarse ni el hombre era lo que está llegando a ser —el dominador de la naturaleza— ni Dios era en realidad el Ser superior, trascendente a la misma creación. Dios era sencillamente el suplente del hombre en el dominio del mundo, alguien muy ligado al volante de nuestro mundo.

Hoy día la situación ha cambiado mucho. No es intención nuestra recorrer ahora la historia de este cambio. Sí que conviene, por el contrario, resaltar seguidamente el puesto que se le asigna actualmente a Dios y al hombre en nuestra civilización.

El hombre se ha hecho con el control cósmico. Dueño de las leyes de la naturaleza, guía como señor la marcha del acontecer. No está entre las cosas, sino por encima de ellas, dominándolas.

Ni es tampoco el pasivo contemplador de cuanto sucede y de sus leyes; es el transformador de la realidad (química, social, psicológica, biológica...). Es el «historiador» en sentido activo, el que hace historia, no el que la recoge tal como ha tenido lugar.

Dios, en cambio, es el ausente, el gran ausente si comparamos su presencia con la de otros tiempos en el mundo. Es una realidad que está de más en el progreso técnico, científico...

En esta situación no hay peligro de que Dios vuelva a ejercer función de suplencia humana en el dominio del mundo. Dios no será interpretado en adelante como aquel que reporta al hombre una ayuda provisional, una ayuda prestada en tiempos poco gloriosos para el poder dominador del hombre. Dios será valorado en lo que aporta de positivo gratuito al hombre señor del mundo. La revelación será esperada como un don, no como una intromisión en terreno humano, no como una presencia de Dios que pone en evidencia la debilidad del hombre en el dominio de la naturaleza.

2. *Aproximación al aprecio en que la revelación tiene al mundo.*

No debe identificarse la revelación con interpretaciones abusivas de la misma al correr de los años. La interpretación dualista, que habla de realidades buenas y de realidades malas, no puede apoyar su discriminación injusta en el testimonio de la revelación histórica. A la luz de la revelación histórica todo, tanto las realidades materiales como las espirituales, todo es bueno (Gén 1, 1). La cosa es tan clara que resultaría enorme el lote conseguido con la recogida de textos que cantan las excelencias del mundo creado.

Reparemos, y esto ya zanja la cuestión del todo, en el siguiente hecho: Dios revelador toma tan en serio la creación que decide hacerse personalmente presente en el hombre Jesús. En Cristo, Dios no habla, como en el caso de los profetas, a través de ellos. En Cristo, Dios habla en nombre propio. Cristo es la revelación personal de Dios.

Ante este hecho, el dualismo y sus variantes (gnosticismo, maniqueísmo, catarismo...) son impensables dentro del patrimonio cristiano. Son frutos que han brotado en otras tierras y que nunca han logrado visado de entrada en suelo cristiano.

El cristianismo no sólo ha reconocido la bondad de lo corpóreo, sino también su autonomía. La visión espiritualista (de un San Agustín no desligado del todo del pensamiento filosófico de Platón) se empeña erróneamente en ver las realidades visibles como símbolos de las realidades invisibles. Así nuestro mundo queda reducido a su ser y funcionalidad a espejar realidades superiores, celestiales.

Una vez más será Cristo el que nos corrija la desviación, en este caso la desviación espiritualista. En Cristo lo humano no desaparece ni adelgaza hasta conformar su ser con la tenue transparencia del símbolo. No. La naturaleza humana de Cristo «sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación» (D 148) sigue presente e integrada en la persona divina del Verbo.

Actualmente estamos en condiciones óptimas para valorar el aprecio que la revelación tiene de todo lo humano. Es tan grande ese aprecio que, al integrar lo humano en el orden superior de la gracia, respeta su autonomía. Para el hombre de hoy la autonomía de lo humano es un hecho comprobado y no admi-

tiría en modo alguno una revelación que sólo atribuyera a la «realidad profana» un valor de símbolo sagrado.

3. *Aproximación al poder salvífico de la revelación de Dios.*

El mundo ha dado ya muchas vueltas y *casi todos* sus secretos han sido descubiertos. El hombre no mira al mundo con aquellos ojos esperanzados de antaño. Lo mira con ojos bastante realistas, como quien ha escarmentado de anteriores ilusiones fallidas. La presente realidad social, cultural, religiosa... no le encandila demasiado. En cuanto al futuro social, cultural, religioso... previsible de la humanidad, la verdad es que no se diferencia sustancialmente del presente.

En esta situación, la revelación, caso de ser captada, podría presentarse a las urnas con probabilidad de muchos votos a su favor. El hombre de hoy está llegando al sobrio convencimiento de que no puede realizar él su salvación, esa que le plenifica en todas sus aspiraciones elaboradas por la gracia. Las realizaciones de felicidad que experimenta no cubren todo el ámbito de felicidad al que está abierto. El sabe esto muy bien. Y con ello deja al vivo y vería como aceptable, si la conociera, esta gran verdad de la revelación: que sólo Dios es el que salva al hombre.

4. *Aproximación a la dimensión social de la revelación.*

«El hombre es social por naturaleza». Esta frase se ha encarnado en la realidad y está hoy al alcance comprensivo del más superficial de los hombres. El hombre está inmerso en lo social, y en la sociedad se reconoce como ser social, como ser que se hace con los otros. La más pequeña acción mía está poblada de sociedad. En el campo económico, en el informativo, en el técnico, en el del ocio, en el educativo...

El carácter social es uno de los más destacados que tiene la revelación. El hombre no se relaciona en solitario con el Dios de Jesús. Es dentro de un pueblo, dentro de una comunidad, dentro de una iglesia... donde resuena la Palabra de Dios y donde —este «donde» tiene sobre todo un sentido de «donde personal»— el individuo se relaciona con Dios.

No olvidamos el lado limitativo, opresivo, y hasta perjudicial, que la sociedad tiene también para con el individuo. Pero

aún así la experiencia que el hombre actual tiene de lo social significa a su modo un acercamiento positivo a la auténtica revelación.

5. *Aproximación a la libertad en que se desenvuelve la revelación de Dios.*

Oímos hablar de «descristianización», de que nuestro mundo europeo se ha «descristianizado». Con esto se da a entender que hubo tiempo en el que Europa era cristiana, y que ahora, por el contrario, nos encontramos lejos de aquel cristianismo...

Comencemos diciendo que no coincide «cristiandad» con «cristianismo». La «cristiandad» tal como se ha dado en la edad media lleva consigo ineludiblemente un ambiente político, científico, social..., homogéneo, y de homogeneidad cristiana. El cristianismo, para que exista históricamente, no implica de modo incondicional el ambiente homogéneo de la cristiandad.

Lo que sí reclama el cristianismo es la opción libre del hombre en la aceptación del Dios que se revela. Con esto no se quiere decir que en la cristiandad concreta de la edad media todos los cristianos lo fueran como resultado de los condicionamientos ambientales. Pero sí parece innegable que en la confesión cristiana de no pocos pesaba más la voluntad institucional político-ecclesiástica que la decisión personal. Al faltar esta aceptación íntima del Dios revelado no podemos hablar de hombres cristianos o cristianizados, como tampoco parece acertado hablar ahora del fenómeno inverso de la descristianización a propósito de personas y costumbres que nunca han sido antes auténticamente cristianizadas.

En el momento actual, el ambiente es pluralista, y puede serlo mucho más aún. Creemos que el hecho del pluralismo favorece que el hombre adopte postura libre de cara a la autocomunicación de Dios y de cara a la posible revelación de Dios percibida a través de los cristianos.

Cerramos con este quinto punto la lista de condiciones favorables que la situación del hombre actual ofrece a la revelación divina (otras condiciones favorables: universalismo, dimensión histórica del hombre...). El hombre de nuestros días conoce y vive los cinco aspectos que hemos señalado. El no descubre la presencia activa del Dios de la revelación en ellos. Nosotros sí.

Nosotros sabemos que todo es gracia, que en todas las realidades «profanas» puede ser descubierto Dios en su actuación salvadora: porque El está allí colaborando con el hombre, porque la historia sagrada está ocultamente en toda la historia profana, porque toda la realidad divina está llamando a la realidad humana para que sea ella misma pero integrada conscientemente en el orden divino, en la vida sobrenatural, como lo humano de Cristo se halla en convivencia con lo divino en la Persona del Verbo.

III.—CONDICIONES DESFAVORABLES A LA REVELACION EN EL HOMBRE ACTUAL

La civilización de nuestros días muestra asimismo puntos no tan favorables a la percepción del Dios que se revela en la historia. Vamos a exponerlos brevemente a continuación.

1. *Antropocentrismo.*

Decíamos que el hombre se ha hecho con el control de la naturaleza y que la está transformando poco a poco. El mundo está haciéndose a imagen del hombre, es un mundo cada día más hominizado. Hasta esos parques de las ciudades, como dice un autor, son trozos de naturaleza que han sido aceptados, arreglados y orientados en su finalidad por el hombre. En definitiva, son trozos de naturaleza hominizados, aunque a primera vista parecen caer fuera del dominio del hombre u oponerse como un grito verde de rebeldía al imperio humano.

El hombre se encuentra solo consigo mismo y con el mundo, al cual domina. La hominización de la naturaleza lleva consigo un ateísmo espontáneo que nada tiene de pecaminoso. Esta ausencia del Dios tapagujeros antiguo, esta muerte de Dios... era un hecho esperable y deseable.

Lo que ya no resulta deseable es ese antropocentrismo cerrado, sin abertura para la autocomunicación gratuita de Dios. Y aquí es fácil venir a parar, dada la tendencia instintiva del hombre a la autosuficiencia, tendencia agudizada por el pecado, y dado el alcance excesivo que eufóricamente otorgamos a los

poderes humanos de nuestros días. Nunca el hombre ha tenido tanto poder como ahora. Y cuando se es fuerte, la tendencia al autoabastecimiento, al autocratismo, es muy tentadora.

Abrirse a Dios que se comunica y que se entrega por entero al hombre es una actitud que aflora sin mayor dificultad cuando el hombre se juzga débil e incapaz de todo. No así cuando el hombre ve que pilota con destreza este mundo con los mandos de su razón y de su voluntad.

2. *Represalia anticristiana.*

Vamos a anotar de pasada el siguiente punto: el hombre de hoy asocia irremediamente su antigua actuación gris en el dominio del mundo con su postura de hombre religioso. De esta coincidencia de la religión con una fase cultural técnica poco esplendorosa se pasa fácilmente a culpar a la religión del retraso técnico.

Ahora en consecuencia el hombre vive el buen momento técnico en actitud recelosa y hostil para todo asomo de la religión. La revelación se presenta así al hombre actual con antecedentes penales en la historia de una civilización que ha sucumbido ya o que está en vías de desaparición.

3. *Futurismo.*

El hombre de hoy es futurista, lo cual significa que su centro de interés se halla casi exclusivamente en el porvenir temporal. Ha sido testigo de avances espectaculares ocurridos en un tiempo récord. La poca cosa conseguida en el pasado y el largo tiempo que su realización ha exigido (piénsese en el invento de la rueda, de la casa...) contrasta con los éxitos grandiosos y rápidos obtenidos en nuestra época (radio, televisión, cohetes espaciales...). El hombre del siglo xx se siente ligado a su poder, a sus proyectos..., no se siente hijo del pasado.

La revelación de Dios ha tenido su culminación en el hecho de Cristo Jesús, hecho que en las coordenadas de la historia está inscrito en el pasado. Claro que este hecho se proyecta decididamente hacia el futuro, pero su radicación en el pasado es in-cambiable.

A primera vista parece que tiene que chocar la atención en el pasado —el hecho histórico de Cristo— por parte de la reve-

lación—, y la mirada encariñada con el futuro por parte del hombre de nuestros días.

Concluimos aquí con las condiciones desfavorables que la presente civilización ofrece a la revelación. No están todas (se podría hablar mucho acerca de la despersonalización existente, acerca de la pérdida de los valores no fungibles...), pero sí las más importantes. Al menos este ha sido nuestro intento.

Pero debemos continuar en otra línea para completar el trazado de la situación en que se encuentra el hombre actual ante la revelación.

IV.—ACTUALIZACION DE LA REVELACION HISTORICA EN NUESTROS DIAS

Todo hombre está abierto al Dios que ha querido asociarnos a su misma felicidad, una felicidad que, sin suprimir en modo alguno lo humano, lo inserta en un orden sobrenatural. Pero no todos los hombres tienen consciencia de este designio divino, no son sujetos perceptores de la revelación histórica, que es la que ha puesto de manifiesto el plan de Dios. Hoy día podemos decir que la mayoría de los hombres se encuentran en esta situación de desconocimiento.

Para que se dé revelación histórica es preciso que Dios en su oferta sobrenatural sea percibido por el hombre. Las condiciones favorables que hemos señalado en la II parte, si bien son aspectos muy valiosos en la situación del hombre actual ante la revelación de Dios, son condiciones de significación equívoca, encrucijadas de caminos muy distintos.

Por ello no compartimos el superficial optimismo de quienes confían la salvación del hombre al dinamismo del progreso intramundano. Tal fianza supone firmar la aceptación de un cristianismo de subdesarrollo para todos los hombres, cosa que no responde al plan de Dios.

- *Sub-cristianismo anónimo.*

La situación del hombre que no ha percibido la revelación de Dios es una situación oscura, situación que no lee la historia

sagrada dentro de la historia profana. Esta, la historia profana, no puede revelar por sí misma el designio de Dios de darse a Sí mismo al hombre (cf. D 1786).

Hay quienes refiriéndose a esta situación hablan de un «cristianismo anónimo». La expresión es desacertada por incompleta: da a entender que el cristianismo del hombre que no ha percibido la revelación de Dios se diferencia del cristianismo de la palabra reveladora por la falta de consciencia en el primer caso.

La diferencia es más honda: mientras el cristiano que ha oído la palabra de Dios puede vivir en una economía normal de revelación y de salvación, el cristiano anónimo vive en condiciones de subdesarrollo. En lugar de hablar de un cristianismo anónimo, sería preferible hablar de un subcristianismo anónimo.

Si por un lado es altamente gozoso reconocer que todo es cristiano, que la historia profana es historia sagrada (de salvación eterna o de perdición eterna), por otro lado no puede tranquilizarnos la situación del hombre a quien no alcanza la revelación histórica de Dios.

Ya dijimos que la única vía por donde puede llegarle a nuestro hombre contemporáneo la revelación histórica es la vía eclesial. Si dudamos de la posibilidad real de esta vía revelacional, recordemos que sobre ella se ha tendido nada menos que la seria voluntad salvadora de Dios. Vía arriesgada, por tanto, pero también vía poblada de poder divino.

- *Posibilidad real de una revelación histórica eclesial para todo hombre.*

¿Cómo debemos actuar como Iglesia de modo que al hombre actual le alcance perceptiblemente la presencia reveladora de Dios? No vamos a describir una minuciosa pastoral eclesial, pero sí mostrar grandes perspectivas prácticas.

Podemos alistar los múltiples puntos en estas dos líneas de acción: la labor intramundana de la Iglesia y la labor trascendente.

No insistimos en el orden que se ha de seguir en la ejecución de ambas labores. Lógicamente tendría que ocupar el primer lugar de la labor intramundana, y luego le tocaría el turno a la labor trascendente. Pero también la vida humana tiene sus quanta, sus saltos insospechados, incontrolables, misteriosos. Sí

resulta necesario insistir, por el contrario, en la autenticidad de las dos actividades. Sin ella no se hará perceptible el Dios revelante.

1. *Dimensión intramundana de la revelación eclesial.*

. *Su aportación a la ciudad secular en una línea positiva.*

La Iglesia, nosotros, debemos entregarnos por entero a las tareas humanas que pretenden el logro de un mundo más aceptable, más digno del hombre. Tenemos delante un campo inmenso de actuación.

Esta participación nuestra en todo lo humano no tiene por qué justificarse ante el hombre actual con motivos explícitamente religiosos. El compromiso mundano surge espontáneamente de nuestro ser de hombres como los demás. Se trata de una tarea buena, laudable, grandiosa... y, previamente a todo esto, se trata de una tarea humana. No se necesita ser conscientemente cristiano para apreciarla en lo mucho que vale y entusiasmarse por ella. Demuestra frágil humanidad quien valora lo profano —lo patentemente humano— sólo a la luz de razones religiosas. Y no digamos el juicio que propinan a la religión algunos hombres auténticos cuando ven que algunos hombres «religiosos», apoyándose en ella, abandonan o minusvalúan las tareas intramundanas.

En nuestra convivencia con el hombre actual tienen que desaparecer esas valoraciones de lo humano por razones extrínsecas a lo humano mismo, aun cuando estas razones extrínsecas sean de talante teológico (por ejemplo, el creer que una acción profana se torna estimable sólo cuando recae sobre ella la buena intención de hacerla por las misiones). Y esto no por artera diplomacia, ahora que soplan vientos venturosos para la capacidad conquistadora del hombre. Sino antes que nada porque no responde a un acertado ángulo valorativo de lo humano. En efecto, lo humano es un fin en sí mismo, un bien autónomo que la gracia no suprime ni disminuye al integrarlo en un orden superior. Lo humano tiene sus títulos merecedores de las atenciones más cuidadas. Tiene en propiedad razones profundas y perpetuas para ser apreciado sin recurrir a una instancia de otro orden. La gracia ciertamente le añade nuevos títulos —en esa

integración íntima, no extrínseca—, pero sin destruirle ninguno de los diplomas que legítimamente ostenta.

. *Su aportación a la ciudad secular en una línea negativa.*

Si la Iglesia, nosotros, debemos entregarnos por entero a las tareas profanas de acuerdo con nuestro dinamismo de personas humanas, no quiere decir esto que para nosotros lo que llamamos humano sea la realización suprema del hombre. Dios, por obra y gracia de su voluntad libérrima, Dios, en cuanto posesión beatificante, es el valor supremo e insuperable del hombre. Para nosotros lo humano tiene un valor relativo.

Nunca podremos olvidar que «la forma de este mundo pasa» (1 Cor 7, 31) mientras que es eterna la gloria a la que hemos sido destinados gratuitamente.

La Iglesia, nosotros, podemos y debemos liberar al hombre actual de la fascinación sagrada que el mundo en fase de desarrollo ejerce sobre él. Fácilmente el hombre sacraliza al mundo y al mismo hombre atribuyéndole desmesuradamente una energía beatificante (dinero, ídolos humanos...) o se imagina paraísos intramundanos en los que ve ya colmada su sed de felicidad sin límite. El hombre constructor del mundo ingenuamente se vuelve esclavo de las obras de sus manos. El señorío sobre las criaturas que el hombre transforma y embellece es un señorío que debemos manifestar quienes sabemos que el Señor es nuestra gran herencia, nuestra esperanza mejor. Será nuestra «aportación negativa» (y valga la paradoja) en la construcción de un mundo que quiere engañosamente ser algo más de lo que puede ser. Colaborar en mantener al mundo en su secularidad será una gran ayuda.

No hay duda de que una Iglesia que trabaja noble y decididamente por un mundo más humano y que al mismo tiempo considera el mundo más pequeño que el corazón del hombre, no hay duda de que semejante Iglesia tiene que ser percibida con extrañeza y con «simpatía» por el hombre actual. Hemos añadido con «simpatía» pues el corazón del hombre es trabajado por la gracia y en él pueden darse resonancias que armonicen con el modo de actuar en el mundo y de señorearlo que es peculiar de la Iglesia.

2. Dimensión trascendente de la revelación eclesial.

La Iglesia, en otra dimensión, es «de arriba». Es la esposa que el Verbo hecho hombre formó en la cruz y la vistió de gloria después de la resurrección. Es el fruto de la Palabra de Dios en la historia. La Iglesia tiene que decir que Dios le ha dirigido la palabra de modo perceptible y que le ha dicho esto y esto. La revelación histórica es quien nos explica por qué la Iglesia no entrega sus aspiraciones más íntimas al mundo que ella ama y construye, por qué la Iglesia se sabe superior al pecado y a la muerte, por qué la Iglesia hace partícipes a todos los hombres de una felicidad que está sobre todo cálculo humano.

La Iglesia tiene que decir todo esto. No puede aparecer en su obrar como un signo ambiguo, disperso, grávido de interrogaciones. Es preciso que se muestre ante los hombres como signo visible del Dios revelador. No por autobombo, sino como reconocimiento humilde de Aquel de quien es obra y para que la revelación histórica que tiene lugar en ella con rasgos distintivos llegue a todo hombre.

En la pastoral de la Iglesia, en su estructura, no deben faltar los dos elementos constitutivos de la Palabra de Dios: la acción y la palabra interpretativa. La ausencia de cualquiera de ellas haría fracasar la revelación histórica de Dios a todo hombre. Las consecuencias serían muy graves: ya hemos dicho que el hombre que no ha percibido la revelación de Dios no es sólo un cristiano anónimo para sí mismo y para los demás, sino también un cristiano que se halla en una situación de subdesarrollo, por estar privado de los medios dispuestos por el designio salvífico de Dios dentro de la Iglesia.

Creemos que la Iglesia ha sido constituida hasta el fin de los siglos como sacramento en contradicción del Dios de la revelación con todos los hombres (*Lumen gentium*, n. 1). Disposición arriesgadísima, sobrecogedora, del amor de Dios. La Iglesia puede ser la presencia manchada, arrugada, opaca, diforme... de Cristo Dios. Pero también puede ser la esposa gloriosa, santa, intachable y deiforme del que es a su vez signo visible de la divinidad.

Si la Iglesia ha hecho presente, en otras épocas y de otras maneras, al Dios revelante, también lo podrá hacer en nuestros días. Hemos señalado dos grandes líneas de actuación. Ambas tie-

nen que darse. Por las sinceras protestas y repulsas dentro de la misma Iglesia, sabemos bien qué juicios merece una Iglesia que no atiende debidamente a su labor intramundana, labor suya, pues la Iglesia, en su entraña, es mundo. Ahora no se trata de entregarse con empeño y entusiasmo a las tareas profanas olvidando que la Iglesia es la palabra sonora del Dios de la revelación, olvidando que en este sentido la Iglesia no es del mundo. Han de darse las dos dimensiones, la intramundana y la trascendente. Con autenticidad. Con verismo. A toda prueba: incluso a prueba de cerrazón responsable ante la revelación histórica eclesial por parte del hombre de nuestros días.